brazos desnudos, ante las enormes cazuelas y las negras ollas, tosian gravemente, gritando y gesticulando, disputando con gran lujo de obsenidades con las compañeras.

Pero esa noche había aun más motivos para la animación. La tropa estaba descansada y relativamente había comido bien, por lo que estaba alegre. Las mujeres habían hallado carne y manteca barata, y no pedian más.

Algunas, las ricachonas, habían comprado sotol, con lo que más que suficiente era para que reinase un rebumbio de todos los diablos.

Todas y todos sabiendo que la partida era al día siguiente, habían reforzado con suela nueva sus *huaraches*, y ya frescos, se sentían dispuestos á atravesar el mundo si así lo ordenaban.

Aquellos pobres diablos que conducian allá, al fondo de la sierra, á morir como obejas ò à matarse como leones, estaban muy tranquilos, algunos hasta amorosamente recostados junto á sus mujeres, las que charlaban sempiternamente.

Y allá, á algunos pasos del campamento, en una casa aislada en la oscuridad de la noche, en un cuarto por cuya puerta, rojizo cuadro de luz se percibía, dos hombres paseaban hablando lentamente, acalorándose á veces ó á veces guardando silencio.

Era el teniente coronel Florencio Villedas y el capitán Eduardo Molina que hablaban de las disposiciones que tomarían, segun el plan concebido por el General en jefe.

Y en tanto que el campamento se anima ba mas y màs y que los dos comandantes de la fuerza, conversando friamente pensaban en sus responsabilidades,—en una tienda amplia, en el portalito de la plaza toda la oficialidad,

jovial y expansiva á fuerza de beber, se mofaba del porvenir y entonaba un canto de triunfo anticipado.

Las tandas de copas de tequila se sucedían como descargas cerradas, enmedio de aplausos y brindis.

Castorena, el poeta oficial, que por cada copa blasfemaba una estrofa, estaba en su elemento y completamente rojo, revuelto y erizado el cabello, con frases cadenciosas y retumbantes lanzaba dècimas y cuartetas á diestra y siniestra, tronando en aquel apoteósis de su genio.

-¡Que hable en verso Castorena! ¡Que brinde Castorena!

-¡Silencio! va á hablar el vate....;que le den otra co-

Tomó la copa con mano temblorosa vertiendo parte del líquido y vociferò, para dominar el tumulto que acrecìa:

> Aunque ahora es ya de noche, La palabra humilde pido Para brindar sin reproche, ¡Porque pronto sea destruido El vil pueblo de Tomoche.!

—¡Bravo, bravo!....¡Bien por el poeta!—y una tempestad de aplausos se desencadenó; mientras afuera, en el portal, algunos paisanos envueltos en gruesos cobertores rojos, miraban taciturnos al interior de la tienda llena de humo de cigarro, donde aquella oficialidad bisoña se ale graba con tequila.

Rayò en delirio el entusiasmo; fuè demencia aquello.....un capitán auguró espléndido porvenir al que hacía quintillas semejantes, y mièntras un nuevo bríndis preparaba el bardo y los demás conversaban cada uno de diferente cosa y un hombre de inmensa barba y descomunal

VIEW ASSERBLING TO LANDING SETS

cabellera roncaba completamente ébrio, Miguel, sugestionado por la frenética y galvanica alegría de la reunión, bebía también, y ya exitado su cerebro débil, llevado por la avalancha de su compañía, trataba en vano de demostrar que aquello era estúpido y que la poesía debía desterrarse del mundo donde la realidad era horrible.

Por supuesto nadie lo escuchaba y su disertación pesimista pasó desapercibida.

Le habían obligado á beber y el alcohol lo enloquecía, despertando en él recuerdos amargos, después una alegría extraña y en el tercer grado, apetitos brutales, que lo transformaban en fiera. En aquel instante estaba en el periodo de la melancolía y filosofaba silenciosamente entre el fragor de aquella bacanal.

—Pero después de todo,—decia,—¿por qué no bebei?para aniquilar la pena...;eh Martinez! yo no he bebido, yo también quiero brindar!....una copa!....

—El frile Mercado quiere beber, juna copa para el filòsofo!—aulló Castorena.

~¡Que repitan las copas por mi cuenta!; dijo el teniente Ramirez y que brinde Mercado.

Cuando el tendero colocó las copas en linea desplegada como decia Castorena, sobre el mostrador, Ramirez que era el obsequiante, fué dando á cada uno la suya, y todos habituados á las formaciones en orden, hicieron un circulo en cuyo centro se colocó Miguel, quien cuando se restableció el silencio, comenzó un brindis disparatado é incoherente.

—No vengo como Castorena-decía-á improvisar cuartetas....yo desprecio el verso, y la poesía me repugna....porque es mentira y todo lo falso debe proscribirse

de la sociedad, vengo, mis superiores y compañeros á demostraros lo noble de nuestra misión; somos las víctimas expiatorias de los extravíos sociales; somos los inmolados por el destino ó la casualidad en nuestra misión de soldados....cumplamos con ella....brin....;brindo por el deber y la milicia mexicana!

Nadie, ni aun el mismo comprendió lo que había dicho; pero le aplaudieron, creyendo que decía muchas preciocidades.

La francachela seguía y la luz de las tres lámparas que colgaban del techo de la tienda alumbraba con reflejos amarillos los uniformes de dril de los oficiales gesticulando exitadísimos en aquel ambiente impregnado de alcohol.

Castorena, que tenía nombrado en el campamento un rendin de nueve à once se retiró, gritandole:

-¡No se te olvide, Mercado, que tu estás de rondin de 11 á una!

Sentado en una banca, en un rincón de la tienda, Bernardo roncaba, con la cabeza recargada sobre la pared y la boca abierta. El sombrero se le había caido á un lado y su sucia y alborotada melena de feroz bandolero.

Ya iba á darle un abrazo á Castorena á quien ya no despreciaba; cuando volvióse á fijar en el oso de la casa del río, y por su cerebro exitado pasò entonces una idea que le hizo erguirse y meditar; después ya no vaciló, y escapando de la tienda, atravesó corriendo la plaza, silenciosa y oscura; tomó por callejas desiertas hasta llegar al río y despues de muchos rodeos y algunas caidas llegó hasta la puertecita baja de la casucha de Julia y allí tocó. Ladró el perro, pero fué callado prontamente; luego sin preguntar le abrieron.

No eran aún las nueve de la noche, pero todo estaba ya en el más profundo silencio. Violentas ráfagas de cierzo glacial doblaban los arbustos de la orilla.

Miguel, aterido, al abrirse la puerta, entró precipitadamente; una lámpara que ardía en un rincón se apagó al instante; pero dejandole tiempo para distinguir como á la luz de un relámpago una visión magica.

Julia con los piés descalzos y una enagüilla corta; con su camisa blanca mostrando su seno y brazos desnudos; Julia en actitud de salir de la cama semi-revuelta, apareció tiritando á sus ojos deslumbrados. Después la oscuridad irritante arrebatandosela; la sombra negra interponiéndose, en tanto que ella se retiraba al fondo del aposento, asustada á la aparición de un hombre que no era su amo.

—Soy yo, Julia, ¿dónde está vd.?...no tenga miedoyo, Miguel.

Al fin comprendió ella, y balbuceó con expresión de sumo terror;

—¡Usted, señor?....pero....cállese....mire....pero dígame por Dios dónde está D. Bernardo, va á venir....
¡que?....¡que quiere Usted?

Miguel no escuchaba, ni atendía nada; sentía un arrebato salvaje, y dominado por el vertigo extraño de su embriaguez, la buscaba á tientas, tropezando con miles de objetos y más exitado cuanto ménos la encontraba.

En vano ella trataba de inquirir, de saber ante todo de Bernardo....por fin, él la tomó de un brazo y la besó con frenesí.

Suplicante, con las lágrimas en los ojos la infeliz, palpitando también de emoción cerca de él, que la acariciaba, le contó que debian partír á la mañana siguiente antes que las fuerzas, para Tomochic, que no fuera tambien él malo, que comprendiera que no tardaria en venir y los mataría!....

—Ah! como es Usted malo, como es Usted malo!....
murmuró sollozando, mientras él la besaba repetidas veces en el cuello desnudo, en las tinieblas, en las que resonaba el ronquido monótono y acompasado de Mariana que
dormía en un rincòn.